

# Impresiones literarias: Rubén Darío

Rafael M. Cuevas Sequeira

Fue acaso las lecturas de las *Cartas Americanas* de Valera lo que despertó en mi espíritu, hace años, un intenso deseo por conocer algo de la labor literaria de Rubén Darío, poeta y escritor nicaragüense considerado por algunos como el pontífice de las letras en América.

Y en aquel entonces, hará de esto dos lustros, las páginas de *Azul*, raro libro en que Darío postraba de manera notable sus facultades de elegante prosador, dejaron en mi pensamiento una impresión de belleza, parecida a la que experimentamos al detenernos junto a una lujosa vitrina donde se exhiben productos de la más acabada orfebrería, ricos y curiosos objetos de delicada cincelación.

Rubén Darío es un temperamento de artista, un infatigable obrero de la forma. Sus obras admirables unas, incomprensibles otras, raras las más, llevan en la estética del estilo, magistralmente trabajado, el sello de una originalidad indiscutible.

Como prosador, Rubén Darío, modernista apasionado, hace gala de sus conocimientos de todas las literaturas, y, con exquisita corrección, produce obras de un colorido intenso, de una elegancia irreprochable, sólo obscurecida, a veces, por exceso de imágenes o desordenada exuberancia de adjetivos.

Pero si digna de admiración y de aplauso es la labor literaria del ilustre nicaragüense, cuando busca a sus ideas la prosa como expresión; lejos, muy lejos del encomio sincero, sin convencionalismos ni hipérboles, se coloca cuando envuelve su pensamiento en la clámide augusta de la rima.

En Rubén Darío, como personalidad literaria, hay dos aspectos, que, acaso por no ser desiguales, distan mucho el uno del otro. Y esto que parece una paradoja, no lo es, si se tiene en cuenta que no caben dentro de las exigencias de la lírica todas las evoluciones más o menos modernistas de que es susceptible la prosa.

El autor de *Azul* ha podido triunfar fácilmente, y ha triunfado, con sus cuentos cortos, de una pulimentación exquisita. En ellos, Rubén Darío, esclavo de la estructura, ha cincelado primorosamente la frase; y si a través de esa rica ornamentación no se siente palpar ideas y sensaciones grandiosas, el espíritu se deleita con la pompa del ropaje, bien así como a la contemplación de una estatua maravillosamente tallada surge espontáneo el homenaje sin estudiar su simbolismo.

Pero la poesía, producto de emociones hondamente sentidas, no puede ser, no será nunca, mera pirotecnia del estilo, sin fondo de verdad y de belleza.

Y Rubén Darío ha pretendido, no sin el aplauso de algunos decadentes, desheredados del estro y de la inspiración, llevar a la poesía la estética sin cánones del francesismo desesperante, bueno acaso para lo que pudiéramos llamar bisutería del estilo, pero elemento exótico en el verso castellano, en el cual la actividad artística emana de la verdad y el sentimiento.

Yo he leído *Prosas profanas*, poesías del escritor nicaragüense, y a fe que no he encontrado una sola línea digna de un espíritu superior. Parecía incomprensible me resulta que en una composición titulada «San Silvestre», el poeta, refiriéndose quizás a los meses, diga que el año tiene «...un zodiaco de virtudes».

Al gran cantor de *Los Castigos*, a Víctor Hugo, le ha llamado *emperador de la barba florida*; a Roosevelt, *profesor de energía*, todo eso en verso; y en una de sus últimas obras, *Cantos de vida y esperanza*, se habla de las PATAS DE CHIVO del dios Pan, a quien parece consagrar toda la actividad poética de Darío.

Del público que se aglomera en cierta plaza de París, ha dicho que es «Un vulgo municipal y espeso», y otras ridiculeces sólo excusables en la Patagonia.

Ahora bien: si hay alguien que sinceramente piense que eso es poesía, que hay arte, que hay verdad, que hay belleza, en tal bagaje literario, fuerza es convenir en que fueron unos neuróticos, incapaces de toda sublimidad, Bécquer y Campoamor, Zorrilla y Núñez de Arce, que desconocieron el aspecto de la lírica puesta en moda por Rubén Darío.

Y no es lo peor que un temperamento artístico de tal fuste se im-

posibilite para las grandes concepciones de la mentalidad poética por sentar plaza de innovador y de maestro. Lo triste es que se le llame gran poeta hispanoamericano a quien, como él, no ha sabido cantar las proezas del continente descubierto por Colón, no ha enseñado, como Olegario Andrade, a los jóvenes pueblos de habla española, en estrofas dignas de Esquilo, «la senda de las cumbres inmortales».

En una palabra, Rubén Darío es un prosista elegante. Como poeta, pudiendo hacer algo que le acreditase a la admiración de los espíritus serios, se ha contentado con formar una escuela de gimnástica poética, de dislocación del verso, en la que le siguen unos cuantos *copleros sin donaire*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> R. M. Cuevas Sequeira, «Impresiones literarias: Rubén Darío, *Puerto Rico Ilustrado*», 12 de noviembre de 1911; p. 24.